

GASPAR HERNANDEZ, PERUANO PRECURSOR DE LA  
EMANCIPACION DOMINICANA

*Por Francisco Elpidio Beras,*

de la Academia Dominicana de la Historia.  
*Contribución al estudio del tema:*

"EL PERU Y LOS PERUANOS EN SU INDEPENDENCIA  
Y EN LA DE HISPANOAMERICA" (\*)

—I—

Las crónicas más verosímiles señalan la presencia del presbítero Gaspar Hernández, en Santo Domingo, ya para 1839. El estallido del volcán de Ayacucho lo aventó, como un fragmento de roca calcinada, de su nativa Lima. En aquella tormenta humana que deshizo de cuajo virreinos y capitanías generales, había tomado partido por el régimen tradicional. Fue, en verdad, como lo declara el que es quizás su biógrafo más acucioso, y sin intención peyorativa, un godó.

Antes de levantar tienda en la Primada de América, este clérigo de ardiente ánimo y mentalidad erudita, paseó su carga de candentes tensiones y de extremas carencias materiales, por varias capitales de las jóvenes naciones que, sucesivamente, iban suplantando con el suyo propio, el dominio secular de España.

Venir a Santo Domingo, cuando él lo efectuó, era empresa ausente de estímulos promisorios. Más bien una aventura minada de peligros e incertidumbres. Con efecto, tras una secuencia de acontecimientos sociales y políticos marcados con el signo de lo estrafalario, el solar que fue sede primigenia de la empresa civilizadora del Nuevo Mundo, había terminado por sucumbir infaustamente bajo la dominación de la república franco-africana

---

(\*) Estudio presentado el 4 de agosto de 1971 en el V. Congreso Internacional de Historia de América en Lima, Perú. El académico Beras representó a la Academia en tan importante Congreso. Le acompañó en su representación su señorita hija, la notable pianista Milagros Beras Dalmásf.



de Haití, en 1822; justamente cuando para los demás pueblos de la estirpe, el sol de la Emancipación se aproximaba a su cenit.

Este malaventurado acontecimiento —no vivido por ningún otro pueblo de filiación hispánica en las antiguas Indias—, significó para los dominicanos una desgarrante mutación idiomática, de leyes e instituciones; también de costumbres y tradiciones, tratos y maneras. Significó, igualmente, inseguridad física y jurídica de las personas y los bienes; abatimiento de la religión y grave desmedro del culto. En síntesis: la desaparición y suplantación del patrón cultural, al influjo de cuyos valores se había moldeado espiritualmente la en un tiempo renombrada “Atenas del Nuevo Mundo”.

La penúltima escala del cura limeño, antes de recalar a la hoy capital de la República Dominicana, fue Puerto Rico, todavía uno de los risduales de la soberanía peninsular en El Caribe. Allí llegaba a cada aurora, vívido, desnudo y horripilante, el eco de la tragedia dominicana, transportado en el patetismo impresionante de las oleadas de fugitivos de la ínsula desgraciada, pertenecientes los más a las clases de mayor significación económico-cultural.

No ignoraba, pues, el que fue novicio en el “Convento de la Buena Muerte”, de la antigua y esplendorosa “Ciudad de los Reyes”, que Santo Domingo no era para el tiempo oasis, sino reto. Cuando se analiza concienzudamente su firme acción aquí, no hay lugar para suponer que Hernández vino a la tierra dominicana para ser mero espectador; vino inspirado por soplo profético para luchar con el porfiado ánimo de un cruzado.

—II—

Al llegar a Santo Domingo, el espíritu público por tanto tiempo avasallado, manifestaba, subrepticamente, un despertar. Un joven dominicano, Juan Pablo Duarte, recoge calladamente, en su corazón, las lacerantes aflicciones de sus conciudadanos, y decide, como un iluminado, conspirar contra el intruso. Fundó una sociedad secreta revolucionaria, encabezándola. Diéronse todos, sigilosamente, a la arriesgada tarea, mediante



ingeniosos arbitrios, de comunicar su ideal a tibios e indiferentes. Fue este grupo primigenio, el instrumento idóneo para minar los fundamentos del odiado dominio extranjero.

Los jóvenes legionarios iban a recibir, inesperadamente, un notable impulso para sus proyectos independentistas. Lo hubieron del presbítero Gaspar Hernández. Sin integrarse éste al grupo mismo de conspiradores, que fue empeño de juventud en sus comienzos, el peruano le transmitió, con todo el arrollador poder de convicción que fluía de su verbo candente, como de su crítica implacable, denuestos estallantes y exabruptos fragorosos, el temple mínimo para hacer bullir sus potenciales rebeldías.

A ganarle el afecto, la admiración y el más rendido respeto de la enfervorizada pléyade juvenil, confluían decisivos factores. El primero fue la propia índole del hombre, de pobre garbo, pero que estaba dotado, por contraposición, con una excepcional capacidad para darse en amistad con todos, en particular con los nuevos en edad. A ello coadyuvaban sus modos desenvueltos, la fluidez y elocuencia de su palabra, su cultura y sapiencia; y una vocación profunda de prodigarse irrestrictamente en manifestaciones de caridad, lo que quedó sobradamente atestiguado con su noble conducta en los consternados días del destructivo terremoto de 1842.

Para hacer más relevantes las posibilidades abiertas al notable sacerdote limeño, en el aletargado medio que recién pisaba su planta de peregrino, se agrega que en la ruinosa y casi inerte capital de Santo Domingo, la vida intelectual había caído a deplorables niveles; era *“oscura y mísera”, no teniendo la juventud dominicana “más alimento intelectual, que el escasísimo que le proporcionaban las escuelas particulares, limitadas a enseñar a leer y escribir (formar bonita letra) y repetir rutinariamente las primeras reglas del arte de contar”*.

Esa era, iba a consignar mucho tiempo después, José Ma. Serra, uno de los mozos conjurados, que entre sí se llamaban “trinitarios”, por el nombre de su grupo revolucionario, “la triste situación a que había quedado reducida la pobre juventud dominicana desde la clausura de su célebre Universidad, hasta que trajo la Providencia a nuestro puerto al Presbo. Gaspar Hernández”.



La cátedra de filosofía, en particular, fue el vehículo más eficaz del presbítero canónico para sacudir la conciencia de su ansioso alumnado. Esta tarea dice Serra, a la que “diariamente consagraba cuatro horas de la mañana con marcado placer, era mucho más benéfica de lo que a primera vista se puede considerar. Aquella clara inteligencia que conoció desde que pisó el suelo dominicano, la triste situación que éste atravesaba, intirió inmediatamente la suerte que el futuro podría reservarle si siguiera sometido a un gobierno tal como el de Haití”.

La cita de Serra es escueta, pero de valiosísimo contenido. Sugiere entre líneas, a qué área de su magisterio ponía Hernández, adrede, el más adecuado énfasis. Y si todavía no lo explicita suficientemente cuando apunta que “si todos los estudiantes del padre Gaspar Hernández no eran trinitarios, en cambio todos los trinitarios éramos estudiantes”, Rosa Duarte, hermana entrañable del Padre de la Patria, y reseñista amorosa del viacrucis de su vida, sí lo expone sin ambages. Declara ella en sus “Apuntes”, que *Duarte empezó clases de filosofía en unión de sus partidarios con el Pbro. Gaspar Hernández, cuya clase “más era una junta revolucionaria que clase de estudios filosóficos”*.

Debemos, sin embargo, a la prosa transparente de Félix Ma. Delmonte, uno de los discípulos del ilustre sacerdote limeño, a quien hubo de llamar “Venerable preceptor a quien debí mis primeras y más notables aspiraciones”, las noticias más concretas de su apostolado civil en Santo Domingo.

Dice Delmonte: “Diez y ocho jóvenes compusieron por entonces, el Apostolado de la doctrina redentora. Era el Sacerdote, su profesor, el verdadero corifeo, o le arrastraron en su corriente impetuosa las ideas de sus alumnos? Dió él aquel impulso, o lo recibió siendo sólo un instrumento ignorado de sí mismo? Era todo esto junto! No es que el Pbro. Hernández se hubiese detenido deliberadamente a hacer una Revolución; sino que la preparó, que le dió el elemento que necesitaba para desencadenarse. En su ausencia dormitaba el patriotismo: la juventud, siempre generosa y entusiasta, pronta a correr al peligro y al sacrificio en las grandes crisis políticas, se entregaba también a ese reposo mortal que infunden los placeres de una vida inerte



y de abandono. Un silencio sepulcral dominaba a la Sociedad; callaba la historia, enmudecieron las tradiciones, nada tendía a calentar la imaginación con el fuego sagrado de la gloria y con el incentivo de los recuerdos. La Española, como una Odisca del Harem, se dormía al arrullo de las fiestas del populacho, o al rumor del cantar de sus eunucos, y bebía, indolente, la copa del narcótico funesto que provoca los sueños del deleite sensual tan fatídico para las Naciones. . . Aquel monje enseñó a raciocinar la historia, el deseo de libertad, la actividad del pensamiento fueron los reactivos poderosos que disiparon el pesado sueño de la servidumbre”.

Los hechos, que alguna vez pudieran parecer oscuros o ambiguos, quedan ahora cristalinamente dilucidados. Nadie podrá ya controvertir que el antiguo novicio de la “Buena Muerte”, actuó en función de catalítico, para desatar la reacción patriótica de los dominicanos para que conquistasen su libertad.

### —III—

El ardiente limeño no se contentó con hacer de la cátedra regentada por él en la capilla recoleta de “Regina Angelorum”, el último reducto de la cultura en Santo Domingo, en la tenebrosa noche de la ocupación haitiana. Un profundo reclamo le impulsaba a ir más lejos todavía. Necesitaba provocar directamente al opresor. Echarle en cara toda la gama de sus lacerias y sus abominaciones. Y lo hizo en memorable oportunidad desde la otra cátedra, que también señoreaba aquilínamente: la del Espíritu Santo.

Para entonces era párroco de la Santa Iglesia Catedral. Pero el célebre sermón que ha dejado huellas en los fastos de la iglesia dominicana, fue dicho desde la capilla de “La Misericordia”, lugar improvisado para el culto divino, debido a los graves deterioros que en los templos de la ciudad dejó el aterrador terremoto del año anterior.

La ocasión fue la mañana del 30 de abril de 1843, y el pretexto cuidadosamente calculado, en ocasión del triunfo de “La Reforma”, el movimiento revolucionario haitiano, del mismo año



al que se adhirieron con total determinación los dominicanos, para dar por tierra, junto a sus vecinos y dominadores, con la sofocante dictadura del Presidente Boyer, que databa de unos 25 años.

La sensacional oración es un modelo de la oratoria eclesial de su tiempo. De cláusulas rigurosas, nutridas de erudición, desafiante. Al leerla hoy no puede uno menos que evocar el ardimiento hecho ascuas de Fray Jerónimo de Savonarola, aquel fraile dominico que al decir de las crónicas “en sus fogosos sermones mezcló las ideas políticas a los razonamientos religiosos, interpretando en sentido político los signos y símbolos de la época”.

Desde el preámbulo mismo, de los labios tremantes del cónigo, como si se tratara de un profeta bíblico, empezó a llover fuego del cielo. Oigasele: “Sí, señores; la opresión del pobre pueblo, las lágrimas del pobre pueblo, mandan en el alcázar invisible. Las lágrimas del pobre pueblo derramadas en la tierra piden, como la sangre de Abel, las venganzas del cielo. Las lágrimas de un pobre pueblo oprimido humedecen y desmoronan poco a poco los cimientos y columnas del trono del tirano, y en el tiempo mismo en que está más descuidado y más engreído en su elevación, se vé derribado; una mano invisible lo empuja, y cae bajo las ruinas de su poder, sin poderlo remediar”.

A las generalizaciones introductivas sucede escalonadamente, un recuento incisivo de muchos de los agravios inferidos por el gobierno caído a la santa religión. Ruge el cura y vomita vapores quemantes que se proyectan sobre las autoridades civiles y militares, representativas del poder usurpador, ruborizando sus rostros. “El ex-Presidente —dice el levita—, había esclavizado a la Iglesia; había usurpado la autoridad espiritual que no le competía; él quitaba y ponía los Curas; él habilitaba para las funciones espirituales; suspendía a los Eclesiásticos *a divinis*”.

Poseído de insosegable furor, todavía le sobraron imprecaciones conmovedoras: “Levántate, Señor, y juzga nuestra causa; levántate, Señor. Hasta cuándo duermes? Hijo de Dios vivo, ayúdanos y por la gloria de tu nombre danos la libertad que nos han quitado; sácanos del cautiverio de tantos años, en lo que



sólo hemos visto desgracias, miserias, opresión y la más grande inmoralidad”.

Y por último, profundizando con zahiriente decisión específicamente el campo político, se arroja a una letanía torrencial de denuncias, de las que no fueron las menos irritantes, las que a seguidas se articulan: “la agricultura va a expirar. La industria no se conoce; las artes han desaparecido; y la navegación ha emigrado de las costas haitianas”. Cargos éstos continuados con un desfile de otros, cuales más amargos.

Sin habérselo propuesto, y acaso por esas asociaciones que gobiernan lo arcano, el padre Gaspar Hernández, con su abrasadora catilinaria, removía las dormidas resonancias de otro flamígero sermón, “cuyos ecos llegaron hasta la misma Corte de España”. Lo había hecho en la misma ciudad de Santo Domingo, el tercer domingo de adviento de 1511, Fray Antón Montesino, de la orden de los predicadores. Rebelábase el austero dominico con el flagelo de su verbo trepidante, en presencia del Virrey Don Diego, oficiales reales, letrados, juristas y encomendados absortos, contra el tratamiento bestial de que se hacía objeto, sin asomo de piedad, a los abatidos aborígenes.

“Decid —exclamaba admonitivo, Montesino—, con qué derecho y con qué justicia tenéis con tal cruel y horrible servidumbre aquestos indios? Con qué autoridad habéis hecho tan detestables guerras a estas gentes que estaban en sus tierras mansas y pacíficas, donde tan infinitas dellas, con muertes y estragos nunca oídos, habéis consumido? Estos, no son hombres? No tienen ánimas racionales? No sois obligados a amallos como a vosotros mismos? Esto no entendéis? Esto no sentís?

El pueblo dominicano que había comulgado con tantas humillaciones; al que habían herido tantos vejámenes; que había acumulado, callando, tanta amarga hiel, tanto resentimiento, al fin encontró un portavoz que públicamente, y frente a las autoridades representativas de la opresión, les arrojara al rostro el memorial chisporroteante de sus agravios. Lo había hecho no un dominicano, sino un extranjero identificado y condolido con sus penosas defraudaciones.



Los haitianos no lo pasarían por alto. La obra desnacionalizante y oprobiosa para los dominicanos, no era exclusiva de Boyer. Era la política de él y de todo Haití. Por eso la sanción vino rápida contra el bravo cura peruano, que se vió arrojado al ostracismo, en el que le había antecedido ya, el cabeza de la conspiración: Juan Pablo Duarte.

Por lo que respecta a sus amigos dominicanos, el sonado pronunciamiento del presbítero Gaspar Hernández, llevó las tensiones al rojo vivo. Antes de un año, el 27 de febrero de 1844, el grito de Libertad resonaba en el baluarte del Conde, de la capital dominicana.

—IV—

Proclamada la República, el padre Gaspar Hernández volvió a Santo Domingo. Después de un breve ejercicio parroquial en el interior del país, se decidió a poner planta en el palenque de la política, cuyos excesos le habían hecho aborrecerla en su solar nativo. En apariencia, el antiguo realista había sido conquistado por las instituciones republicanas. El voto mayoritario del electorado de Santiago, la segunda provincia en importancia de la República, lo llevó como su representante a la Cámara del Tribunado, la que llegó a presidir, al igual que al Congreso Nacional, reiteradas veces. Desde allí, con tesón impertérrito, propugnó por la reorganización del clero, la recuperación del prestigio de la Iglesia, y por el apuntalamiento de su influencia, resentida por la novedad de las instituciones liberales consagradas por la Constitución; sin descuidar las exigentes obligaciones cívicas de su investidura.

En 1853, enfrentado en ruidoso incidente, con otros prominentes sacerdotes, al Ejecutivo, volvió, a su pesar, a rumiar las penas del exilio. Pero las puertas de Santo Domingo, volvieron a abrísele en 1857. En relación con su presencia, la Gaceta, periódico ministerial, consigna en su edición del 27 de enero del citado año lo siguiente: "El paquete del día 24 trajo a su bordo al Canónigo Gaspar Hernández, quien después de una ausencia de más de tres años, vuelve a su patria adoptiva, a disfrutar del acendrado cariño que le profesan los dominicanos".



Su permanencia en el país fue corta esta vez. Los sucesos políticos subsiguientes, los de 1858, fueron adversos a su militancia. Entonces, espontáneamente, tiró sobre sus hombros el manto, calzó la teja, y aferrando con sus manos el bordón del peregrino, volvió al destierro. Pasó los últimos días de su existencia en Curazao, y allí, acibarado el espíritu, dudoso de si el régimen democrático de gobierno era, en verdad, el apropiado a la índole y peculiaridades culturales de los pueblos que gestó España en América, le abandonó la vida el 21 de julio del mismo año de su llegada.

Cuando murió era Gobernador Eclesiástico de Santo Domingo, lo que le había permitido tener provisoriamente el gobierno de la iglesia dominicana, al fallecer el Dr. Portes e Infante, su cabeza.

—V—

La memoria del ilustre canónigo de la catedral de Santo Domingo, iba a ser, al discurrir de los días, vigorosa y temerariamente impugnada. Los desabridos con la postura revolucionaria de Juan Pablo Duarte, se precipitaron a ensombrecerla, contraponiéndola a las actitudes del padre Gaspar, a lo que se prestaba la militancia desembozada de éste, en contraste con la forzosamente disimulada, sin dejar de ser impresionantemente activa, del otro.

Se trasteó afanosamente en los archivos para achicar la fama del limeño, resucitándose, al abrigo de viejas memorias y pronunciamientos suyos, de nuevo los adjetivos infamantes: godo, realista.

Propició y se dió con ahinco a la adversión contra Haití, se dijo; pero su actuar no trascendió de ahí. Mientras, afanaba solapadamente por la vuelta de España, a la regencia de su primera colonia americana.

La pieza más socorrida para opacar sus relevancias, fue una carta que dirigiera desde Curazao, durante su primer extrañamiento, el 22 de agosto de 1843, a Méndez Vigo, Gobernador y



Capitán General de Puerto Rico. Este documento descubre que aquel agrio sermón de la Capilla de la Misericordia, fue adrede concebido para provocar la deportación. De este modo el intranquilo clérigo tendría el campo despejado para una labor conspirativa que superara el marco de la propaganda: agenciar la ayuda del gobernante antillano, para desembarcar una fuerza expedicionaria en Santo Domingo, que respaldara el inminente levantamiento contra Haití, que él, Hernández, había tan diligentemente excitado.

En este jugoso documento, merecedor de la más penetrante y ecuánime consideración, Hernández proclama, sin tapujos, su condición de español, demostrando, por lo demás, poseer una visión perspicaz de las cosas de Santo Domingo. Su plan, al que estaba asociado el Dr. Portes e Infante, y sin duda todo el clero español y criollo, era simple. Gravitaba tanto en el estado de opinión favorable a la antigua metrópoli —en lo que no se engañaba un ápice—, como en el “principio de anarquía entre los negros”, lo que tampoco era una fantasía. La lucha de las facciones haitianas en Haití, fragilizaba las posibilidades de afianzar su gobierno en Santo Domingo.

Tan imbuído estaba en su plan subversivo, que inclusive recomendaba el hipotético lugar de desembarco de las fuerzas españolas. El desembarco es muy fácil, apuntaba: “la embocadura del Soco en la Costa del Seybo presta las mayores ventajas al efecto, y tanto más cuanto el partido de ese pueblo es el más fuerte y no tiene otra opinión que por España”; apreciación que no era sino el resultado de lo que había enseñado la experiencia de 1808. Por lugar cercano al indicado llegaron, desde Puerto Rico, las armas con que en Palo Hincado fueron destrozadas las huestes napoleónicas, comandadas por el General Jean Marie Louis Ferrand, cuyo nombre figura junto a los demás célebres Capitanes de Napoleón, en el Arco de Triunfo de la Plaza de la Estrella, en París.

El pecado que se imputaba al incoercible limeño, era el de que no confiaba en que los dominicanos pudieran, por sí solos, echar de su violado suelo al invasor occidental. “La parte española, proclamaba en su importante documento el ilustre pros-



cripto, no puede por sí misma pronunciarse; carece de medios externos, menos de espíritu y de esperanza”.

Los hechos sufragaban en obsequio del controversial y agresivo sacerdote. La inexistencia de una conciencia nacionalista densificada en algún grado, y otros factores gravitantes impidieron que al expulsar del suelo patrio a los franceses fugitivos de Haití, —que en 1804 se enquistaron en la antigua parte española de la isla—, se postulara la reincorporación española y no la independencia; fueron las mismas carencias, aunque menores, las que ofrecieron en bandeja de plata, el inerme pueblo dominicano a la gula imperialista de Boyer, cuando Núñez de Cáceres y sus epígonos arriaron de las fortalezas y torreonos la bandera oro y gualda, en las postrimerías de 1821. Y de igual modo lo que alimentó, a tiempo de proclamarse la Independencia en 1844, la existencia de dos fuertes corrientes de opinión proteccionista, una por España y la otra por Francia.

Y si el Estado, como entidad independiente prevaleció precariamente, fue no solamente porque primó el denuedo batallador de los dominicanos, sino también por el juego diplomático de presiones hechas sentir sobre Haití, por las potencias europeas con intereses en el Caribe, que cubrieron con su palio a los dominicanos.

Si se quieren todavía más signos comprobatorios de la afirmación, ahí están los sucesos de 1861, en que el dominio de España volvió a ser restablecido en la porción oriental de la Hispaniola; y hasta la anexión a Estados Unidos, en 1869, visiblemente proditoria, que aunque no realizada en la práctica, lo fue menos por la acción conjugada de las armas de los generales Cabral y Luperón, que por la acción del Congreso de los Estados Unidos, como lo comenta un historiador norteamericano.

Por encima del barullo confundidor, los dominicanos han guardado conciencia que del Perú, encarnado en la persona del presbítero Gaspar Hernández, vino uno de los más poderosos alientos que estimularon su Emancipación. Por ello, un día, como tributo de ostensible reconocimiento, los rótulos de las calles de sus ciudades y aldeas comenzaron a ostentar, como una divisa, el hombre del eminente abanderado de Cristo. Otro día



se movió la acción oficial y confirió su nombre a uno de los municipios de la costa atlántica; y, ya en la cima de las consagraciones, se encendieron los crisoles para aprisionar imperecederamente la vibrante figura del limeño indoblegable, en el bronce.

Santo Domingo, 10 de julio de 1971.

*Francisco Elpidio Beras.*

### B I B L I O G R A F I A

*Rosa Duarte*, "Apuntes", Editora del Caribe, Sto. Dgo. 1970.

*Emilio Rodríguez Demorizi*, "Discursos Históricos y Literarios", Imprenta San Francisco, Sto. Dgo. 1947.

*Emilio Rodríguez Demorizi*, "El caso Gaspar Hernández", en *Clío*, órgano de la Academia de la Hist. julio-agosto 1942.

*Bartolomé de las Casas*, "Hist. de las Indias", tomo II, Fondo Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1965.

*Monseñor Juan E. Pepén*, "La Cruz señaló el Camino", Edit. Duarte, Santo Domingo, 1954.

*José María Serra*, "Apuntes para la Historia de los Trinitarios", Boletín del Archivo General de la Nación, enero-abril de 1944.

*Ludwell Lee Montague*, "Haití and The United States", New York, Russell & Russell, 1966.

*Enrique D. Tovar y R.*, "Un obstinado Realista", *Clío*, julio-diciembre 1944.

*Vetilio Alfau Durán*, "Indiscutiblemente el padre Gaspar Hernández, es un prócer civil de la Separación Dominicana", *La Opinión*, Sto. Dgo. 28 de diciembre de 1938.

*Ramón Emilio Jiménez*, Discurso inaugural de la estatua del Presb. Gaspar Hernández, *Clío*, enero-junio de 1945.

*Alcides García Lluberes*, Duarte y otros temas, Ed. Caribe 1971.

### ANEXOS:

A) Mapa de la isla de Santo Domingo;

B) Fotografías (2) estatua Gaspar Hernández.

